

nio. Con él se ha cebado sin merecerlo. Digo sin merecerlo, porque es hombre bueno si los hay, es honrado en toda la amplitud de la palabra, con un carácter bondadoso, quizá demasiado bondadoso.

Con un carácter batallador, Espí habría siempre triunfado, habría salido siempre victorioso. De no arredrarse hubiera formado en las primeras filas; de no ser tan modesto se hubiera seguramente abierto paso, y colocado en el puesto que por sus merecimientos le correspondía. Para ello iba bien preparado: un cerebro bien organizado, una instrucción sólida y bien fundamentada, una alma noble y leal, con grandes ideales que lo empujaban y lo guiaban todo.

Espí es un escéptico; digo mal, es un hombre que la amarga experiencia le ha enseñado mucho.

No puede ser escéptico quien como Espí tiene un cariño sin límites para su familia, quien como él cuenta con muchos y buenos amigos que le quieren y el estima con aquel cariño tan propio de su generoso corazón.

Su amistad es de aquellas que se desean, y que una vez obtenida, arraiga pronto y sobre seguro.

Es pacífico por temperamento y por costumbre. Es justiciero y modesto por que vale. Tiene la verdad por lema, la sinceridad por guía.

Nada tiene de egoísta; puede figurar entre los desinteresados, tanto que creo que muchas veces si ha sufrido adversidades es por esa misma nobleza de su alma, que no ha calculado lo que él saldría ganando, sino lo que los otros podrían perder. Ha preferido siempre ser él el sacrificado, á que otros por su causa, aunque fuere justa, sufrieren la más pequeña contrariedad. De vivir en otra edad su manera de ser de mucho le hubiera valido; en nuestra época los generosos, los nobles, los honrados, las personas dignas que merecieran que las trompetas de la fama trompetearan sus virtudes y se premiaran sus hechos, obtienen el premio obtenido por Espí: esto es la obscuridad y el silencio por un lado, y por otro el desagradecimiento, la

ingratitude y la más negra injusticia.

Es Espí un talento bien equilibrado, un escritor distinguido, y sobre todo un maestro incomparable. En esto no tiene precio.

Desde muy joven entró por vocación en el profesorado, y á esta noble carrera ha dedicado su vida entera. Ha estado en diferentes partes de España enseñando, pero esta villa le ha cautivado siempre. Aquí empezó á ejercer el profesado y aquí retornó después de algunos años de ausencia. En todas partes en donde ha vivido ha dejado gratos recuerdos de su estancia.

Es de una docilidad extremada y muy atento. No acostumbra á enfadarse. Tiene mucha paciencia, pero mucha.

Cuando los discípulos se le insubordinan, que los estudiantes al más pintado se la pegan, creo que si se atreviera huiría no por miedo, sino por no mostrarse enfadado, por repugnarle usar del rigor.

Domina la clase con su presencia. Su gravedad impone; su melancolía seduce; su bondad rinde y desarma á los discípulos revolucionarios.

Es un trabajar incansable. Enseña ó aprende. No es de aquellos hombres de carrera que en cuanto tienen el título en el bolsillo ya creen saberlo todo, y ¡adiós estudios! Al contrario; piensa que para marchar al compás de los tiempos debe estudiarse constantemente. Sigue la divisa aquella del que sé que no sé nada.

No se envanece de su cultura, y con razón podría enorgullecerse de ello. No hay que tratarle mucho para notar en él al hombre leído, de bien cimentados estudios, de un perfecto conocimiento de los libros, de los niños y de los hombres.

La enseñanza ha sido á donde ha dirigido su talento, y no hay que decir que la domina. Pero principalmente en lo que pocos le igualarán es en el dominio práctico del arte de enseñar, uno de los principales escollos en que naufragan los que se dedican á la enseñanza. Solo los que conocen á fondo la pedagogía, saben las dificultades que hay que vencer en esta parte. Muchos en ella se estrellan. Si Espí la ha